

En el reducido entresuelo de esa casa habitaba con sus hijas la modesta y virtuosa madre de D. Leonardo Márquez, que según creo se mantenía de sus costuras.

Frente por frente de la Profesa pasó sus últimos días, casada con D. Juan Manuel Elizalde, la Güera Rodríguez, llamada la Venus Mexicana por su soberana hermosura que ensalzó en su obra el Barón de Humboldt.

La Güera no sólo fué notable por su hermosura, sino por su ingenio y por el lugar que ocupó en la alta sociedad, emparentando con el Conde de Regla y el Marqués de Guadalupe.

La amistad que le profesó Iturbide, se decía, tuvo grande influjo en la Independencia.

Este influjo era tal, que aseguraban los contemporáneos, que habiéndose determinado muy formalmente que la entrada del Ejército Trigarante se hiciese por la Calle de Tacuba, no se verificó sino por las de San Francisco y la Profesa, porque así lo quiso la dama favorecida por el caudillo de las tres garantías.

Las hijas de la Güera fueron lindísimas; una ellas (Pepita, esposa del Conde de Regla) murió en los Estados Unidos, y la otra fué madre de Joaquín Rincón Gallardo, Guadalupe y Rosa. Para hacer el elogio de la belleza de la señora de Rincon, se mostraba la hermosísima Virgen de los Dolores de la Profesa, cuyo semblante sé es un retrato suyo.

V

La Profesa.—Anécdotas.—Joyería de Baric.—Tienda del Borrego.—Balderas y Laforgue.—Platerías.—El Capitán José Martínez Negrete.—Aguascalientes.—El Padre Jarauta.—Lagos.—Doblado.—Biografía del Padre Jarauta.—D. Carlos M^a de Bustamante.—El país después de la guerra americana.—«El Universal» sus redactores.—«El Siglo XIX» sus redactores.—Impresores.—García Torres.—Cumplido.—Rafael Rafael.—Prisioneros de Tampico.—Aniversario en Churubusco.—Gral. José González de Mendoza.—Honras en Santa Paula.—Ministros.—D. Bonifacio Gutiérrez.—Críticas.—Su hermano Felipe.—Muerte de D. Manuel de la Peña y Peña.—Los conservadores y Arista.—Asesinato de D. Juan de D. Cañedo.—Terrible huracán.—Incendio en la calle del Sapo.—Pánico.—D. Matías de la Peña y Barragán.—Casa de Otero.—Comidas en el café de Veroly.—Comofort.—Lic. D. Manuel Rioseco.—Genialidades.—Arista, Presidente de la República.—Robles Pezuela.—Lic. José M^a Aguirre.—Pronunciamiento de Guadalajara.—Actitud de Arista.—Mis estudios de economía política.—Mi entrada al Ministerio de Hacienda.—Mi labor de Ministro.—Costumbres de Arista.—Media paga.—Renuncia de Arista.—D. Juan B. Ceballos.—Agitación en las Cámaras.—Golpe de Estado.—Sesiones.—Música y Osorio.—D. Marcelino Castañeda.—Gral. D. Manuel M^a Lombardini.—Bum, Bum.—Serviles y clérigos.—Santa-Anna.—Entusiasmo artificial.—El Lic. D. Joaquín Ruiz.—Su discurso á Santa-Anna.

—Nobles de pega, soldados, fanfarrones y agiotistas.—Alamán.—D. Manuel Escandón.—Entrada de Santa-Anna á México.—Ministerio.—Muerte de Alamán.—Diez de Bonilla.—Aguilar y Marcho.—Santa-Anna en Tacubaya.—Muerte de Tornel.—Persecución á la prensa.—«Arcotriunfales.»—Artículos de «El Calavera.»—Prisión.—Ante Santa-Anna.—Destierros.—Mi casa en Tacubaya.—Mi prisión.—Escándalos en el palacio de Tacubaya.—Abejerraciones de Santa-Anna.—Descripción del baile de la Lonja.—Tres puntos negros de la administración de Santa-Anna.—Paréntesis á estas memorias.—Mis «Viajes de orden suprema.»—Apéndice.

En la fachada de la Profesa, que ve á San José el Real, se percibe sobre la puerta un gran retablo de bajorrelieve, que figura una batalla de moros y cristianos, y en el centro un guerrero á caballo, pasando un puente, y una inscripción que dice: *Al pasar el puente perdió la vida.*

La tradición más autorizada del retablo es, que en gran parte la obra de la Profesa se debió en un principio al marqués de Villa Puente, y el retablo alude á su escudo de armas, del que es traslado el retablo.

En la época virreinal ocurrieron dos hechos curiosos, dignos de que los consigne la historia: uno de ellos por haber servido de asunto para un hermoso romance de nuestro esclarecido poeta el Sr. D. Juan de Dios Peza.

La Casa Profesa, además de los recuerdos religiosos, tenía otros históricos de mucha importancia, como fueron las juntas de Iturbide, precursoras de la Independencia;

la entrada á ejercicios de éste y la poderosísima influencia de los Jesuítas.

Además, no hay uno de aquel tiempo que no recuerde los cuadros espantables de la portería, en que todos los pecadores andaban á maltraer, y en que los diablos de garra corba, cola vibrante y cuernos retorcidos, se daban gusto, martirizando á los que resbalaban en el plano inclinado de la gracia.

Había sobre todos, un cuadro en que por ocultar sus travesuras un penitente en la confesión, arrojaba por la boca sapos y culebras.

En esa portería se exhibió á Napoleón I con cuernos y con cola, lo mismo que cualquier ciudadano del infierno; pero la verdadera importancia de aquella comunidad dependía de los hombres eminentes que encerraban sus claustros, y de sus amigos y adheridos, comenzando por las entidades eclesiásticas, políticas, militares, mercantiles, etc., y el bello sexo de la alta sociedad.

El padre Segura, tenido como gran pensador; el padre Gómez, orador y poeta distinguido; el padre Villaseñor y otros, sin contar las antiguas eminencias que le comunicaron prestigio. Como íntimamente unidos con los felipenses, se contaban al Dr. Aredechederreta, pariente de D. Lucas Alamán; Dr. Tirado, Dr. Montegudo, capellán de Capuchinas, etc.

Las funciones de iglesia de la Profesa, eran como la cita de lo que la riqueza, el poder, la hermosura, la ciencia y el arte conocían de más espléndido.

Las festividades de San Ignacio y Nuestra Señora de las Nieves; el gran monumento del Jueves Santo, reverberando cornisas, pirámides y aparadores de plata y oro; las Tres Horas famosísimas, con sermón veheméntísimo y música rumbosa. Todo daba cierto esplendor á ese templo, que esclavizaba á los devotos que veían en él la antesala del mismo cielo.

Sólo una vez fué motivo de escándalo, de horror y miedo, lo sucedido en la Profesa.

Cinco jóvenes de las más distinguidas familias de la capital, no impíos, no viciosos, no perdidos, sino más bien atolondrados y calaveras, quisieron poner en evidencia á la legión de beatos que les desacreditaba y perseguía, con su mañita, sus delaciones y sus recursos de gazmoñería jesuítica.

Los enemigos de los chicos acudían al templo de la Profesa en las noches y á puerta cerrada. Había en el templo pláticas fervorosas y después disciplina, descargándose los fieles azotainas furibundas, en descuento de sus pecados.

Por supuesto, que esa pela mística se verificaba con el templo casi á oscuras, con lo que á sus anchas podían los siervos de Dios arreglar sus posturas y desnudeces, según las inspiraciones de su fervorosa penitencia.

Los chicos á que me he referido, dispusieron unos aparatos de pirotécnica, con luces intensísimas; penetraron en el templo, y los colocaron en los lugares más oportunos, con severísimo sigilo.

Llegó la noche fatal, comenzó el rezo en medio de imponente devoción, siguió la plática.

Los circunstantes, que eran muchos, y de lo más distinguido de México, fueron ocupando sus lugares favoritos. En un momento dado, se extinguieron las luces, quedando en medio de la iglesia, ardiendo lúgubre, una lámpara en complicidad misteriosa con las tinieblas.

Comenzó el aguacero de azotes, y aquello era un horror.

En lo más encarnizado de la tunda, brotó espléndida la luz, como si fuera la mitad del día.

No es para descrita; pero sí para imaginada por la malicia, la galería cómica que presentaron los más encopetados personajes en aquellos momentos . . . estupefacción, espanto, risas reprimidas, idiotismo de sorpresa . . . Pero la reacción fué espantosa . . .

Por desgracia, tres de los jóvenes se aturdieron y cayeron en manos de los sacristanes, que los atormentaron como furias.

Llovieron quejas y protestas al Presidente de la República, á los Tribunales, á la policía y á la Comandancia general. Se hicieron rogativas y procesiones.

El *Chisme* y el *Lápiz* hicieron preciosas caricaturas de los personajes más venerables, y no se podía ver á uno de ellos en la calle, sin que le siguiera la risa y la chunga.

Era Comandante general el Sr. D. Melchor Alvarez, quien dispuso que se abriese la causa con el mayor ri-

gor, dándose cuenta día por día al Presidente de la República de lo que se actuase.

Pero, segundo del Sr. Alvarez, era el general Miñón, notoriamente apasionado de los muchachos calaveras.

Felizmente, cerca del general Alvarez, y con muy inmediato parentesco, vivía un joven complicado en la sacrilega fechoría, y éste se dió tales trazas, empleó tales ardides, y puso en juego maniobras tan hábiles, que el día menos pesado la causa se perdió y no hubo medio de que se repusiese, quedando los fieles cristianos, y sobre todo, los venerables disciplinantes, con un palmo de nariz.

Para terminar mi paseo por la calle de Plateros, diré que me detenía en la esquina del Espíritu Santo, casa vetusta, primero de Sebastián Lerdo, hoy magnífica joyería, y allí obscura, solitaria y silenciosa estaba la joyería de Baric, anciano judío de largo paletó negro, gorrilla de terciopelo y paliacate, y caja de polvos en mano; las tiendas y cajones de ropa, en escaso número, tenían mala catadura, mostradores de palo blanco y dependientillos del tres al cuarto; creo recordar alguna tienda de modas, creo de la afamada Virginia Gurgües, las zapaterías de Zopfi y el Mahonés, la acreditada peluquería de Montauriol y una fonda montada á la europea que servía M.

En la esquina de Plateros y Alcaicería, que ha desaparecido, estaba la tienda del Borrego, de D. Domingo Cagarabilla, teatro antes de un voraz inextinguible incendio, que aniquiló los techos y dejó en pie paredes

ennegrecidas por las llamas y el humo, con sus ventanas de rejas de hierro y asidos á ella, carbonizados, esqueletos humanos que daban horror.

Aun se veía en esa calle de Plateros, cerrada y como de duelo, la sastrería del heróico Lucas Balderas, sastre favorito de los militares, en decadencia por el advenimiento de D. Pedro Laforgue, que en unión de Colard, encumbraron la elegancia de los hijos de Marte, eclipsando la sastrería vecina de D. Manuel Gómez, equiparador de empleados del tres al cuarto, zurcidor de desheredados, transfigurador de piezas compradas, heredadas en vida, y un lince en esto de abonos, acomodamientos y consuelos para la gente de presupuesto y escasa fortuna.

En la contraesquina del Borrego y calle de la Palma, había una pulquería en que tras de las puertas se jugaba su rentoy, y tras de las tinas se corrían sus alburitos de vez en cuando.

En escaso número, pero ostentosas y rebozando orgullo, quedaban algunas platerías con dos pupitres contra las hojas de las puertas, en que el patrón ú oficiales trabajaban, teniendo á su lado colgados cajones con sus vidrios, en que había sobre terciopelo negro, aretes de plata y gargantillas, tumbagas y tacitas, relicarios con cera de *agnus*, medallas de la Virgen de Guadalupe, tenacillas para fumar y braserillos de plata, platos, cubiertos y otras mil baratijas, entre las que sobresalian los milagros, es decir, brazos, piernas, ojos, figurillas arrodilladas, etc., que se ofrecían á los santos, aludien-

do á las enfermedades y peligros de que se habían salvado por su intercesión.

De mil amores habría seguido estos paseos; pero la inquietud política me interrumpía bruscamente y la efervescencia de las pasiones, con motivo de los tratados, hacían que como que se percibiera en la atmósfera algo de envenenado y amenazador, que contaminaba y convertía en zozobra la convalecencia de la guerra.

Al concluirse los tratados de paz, y comenzar en Querétaro la solemne discusión sobre su aprobación ó reprobación, varios jóvenes oficiales de distinguidas familias, resolvieron llenos de entusiasmo patriótico, pronunciarse por la continuación de la guerra, que había proclamado el Gral. Paredes en Aguascalientes, señalándose el capitán D. José Martínez Negrete, hijo de una familia honradísima y rica de Guadalajara.

El padre del joven Negrete, español de carácter severo, bondadoso, y amigo de México, bien hubiera querido dedicar al hijo á su comercio, pero era el joven resuelto, impetuoso, de indole independiente y patriótica y hélo ahí haciéndose notable desde sus primeros pasos en nuestro ejército.

Para lograr sus intentos contra la paz, pidió primero su licencia absoluta, después la ilimitada, y negándose el Gobierno, al fin obtuvo licencia temporal.

Viéndose libre, se dirigió á Aguascalientes en busca del Gral. Paredes, que había esternado sus opiniones en contra de la paz, logró su acuerdo y comprometió al Sr. Cosío D. Felipe, Gobernador de Aguascalientes,

á que le fiase alguna tropa, como para apaciguar los pueblos del Rincón.

Con menos de cien hombres se dirigió Negrete á Lagos, asaltó el cuartel y se apoderó de la plaza en compañía del Padre Jarauta, sin mando y como su acompañante.

Publicaba entre tanto su plan el Gral. Paredes, proclamando la guerra, y comprometía en su empresa al Lic. Doblado, que había opinado por la guerra y que era muy popular en el Estado de Guanajuato.

En vista de estos movimientos alarmantísimos, nombró el Gobierno al Gral. Miñón para que á la cabeza de cuatrocientos hombres batiese y escarmentase á los rebeldes.

Paseábase Martínez Negrete en la plaza de Lagos, cuando le dijeron que Miñón estaba á la vista con cuatrocientos hombres, con caballería y artillería.

El resuelto capitán, no obstante contar con menos de cien hombres, como hemos dicho, los colocó y parapetó en las torres, y se dispuso á la defensa.

Miñón le intimó á Negrete que se rindiera, y éste le contestó soberbio, como si estuviera mandando un ejército formidable.

Rompió su fuego Miñón sobre la plaza, la batalla se hizo sangrientísima; pero á Miñón se desmuñonó la mejor de sus piezas, y entonces Negrete rompió el sitio saliendo casi en triunfo.

Después de varias peripecias que no recuerdo bien, Doblado fué proclamado Gobernador de Guanajuato, y

aquella plebe valiente le auxilió al punto de haber podido resistir por veintidós días á la fuerte División que al mando del Gral. Bustamante envió el Gobierno contra Guanajuato.

La lucha en la ciudad mencionada fué terrible; Doblado acreditó su talento, su energía, su valor personal, y su tino y perspicacia en las circunstancias más difíciles.

Lo más recio de la pelea fué en el Cerro Trozado, defendido por el impávido Martínez Negrete y el Cerro de la Gritería, donde cayó prisionero, después de luchar con esfuerzo heróico, el Padre Jarauta, y aquí me voy á permitir una interrupción, para que no se me escapen los recuerdos que, aunque confusos, conservo de ese notable personaje.

Nació Jarauta en Aragón y allí hizo sus estudios, donde cursó filosofía y humanidades, tirando los libros para seguir á Cabrera, que era en aquel tiempo su bello ideal.

Concurrió como soldado valiente á varias acciones de guerra, hasta que Cabrera fué derrotado por Espartero.

Jarauta huyó de España y fué á radicarse en la Habana, donde el día menos pensado, y como por ensalmo, resultó figurando como corista en un teatro.

Pero desde el primer momento de su nueva carrera mostró disposiciones tan diabólicas, tal fertilidad en gallos y desentonos, que tuvo que abandonar el arte divino, aunque estaba en la *chilla* más espantosa.

Entre la sociedad que frecuentaba no faltaban sus beatos mundanos, apreciables entre la gente perdida, y éstos, recordando sus estudios y viéndole fuerte en achaques de Musa Musæ, le alentaron para el sacerdocio, y en un abrir y cerrar de ojos, vistió sotana, se abrió corona y cantó misa, dejando como sordos en concierto á cuantos le conocían.

A dos dedos de la gloria eterna y con su espíritu emprendedor, atrapó al vuelo un Curato en un pueblo de Veracruz, y desde los santos padres hasta las ánimas benditas se desternillaron de risa con la vista de aquel siervo singular de Nuestro Señor.

En lo más fervoroso del ejercicio de su Ministerio se le atravesó en su camino un *yankee* poco respetuoso; hubo su altercado, y por vía de caridad evangélica le voló la tapa de los sesos al hijo de Guillermo Peen.

Desapareció por algún tiempo Jarauta, hasta que le denunciaron sus hazañas como guerrillero en el Estado de Veracruz.

Solicitó protección del Sr. D. Cayetano Rubio, éste parece que no quiso tener contacto con el guerrillero, quien por ese motivo le profesaba un odio mortal, y juró matarle luego que se presentara la oportunidad.

Con tal designio, abandonó la costa y vino á México, de donde partió para Aguascalientes á ponerse á las órdenes de Paredes, quien lo veía con marcada repugnancia.

Preso en la toma de Guanajuato, en el cerro de la